

BORGES Y ORÍGENES (1925)

CARLOS GARCÍA

así se pasa el deleite carnal, porque la rosa es símbolo del placer momentáneo [...] Fingen los poetas al principio haber sido la rosa blanca, y queriendo Venus coger una de la zarza, se espinó la mano, y de la sangre que salió della tomó color rojo la rosa”.

Las espinas de la rosa son su complemento indispensable porque la belleza no puede estar desapercibida, esto en el sentido clásico de indefensa, desprevenida, y también en el moderno de inadvertida: donde haya una rosa, ahí tras ella se irán nuestros ojos. Y tal necesidad ineludible fue señalada por la sabiduría popular en el refranero: “Bien te oliera, rosa, si no fueras espinosa”, pero “entre espinas nace la rosa, y no es espinosa, sino olorosa”, esto es, que nuestra admiración hacia ella, hacia lo bello, no se detenga ante las dificultades. Sin olvidarnos que “bien sabe la rosa en qué mano posa: en el hombre discreto y en la mujer hermosa”. Y así como decimos que el que quiere celeste, que le cueste, también que quien pisa rosa, siembra rosas, esto es... el que transita por entre las cosas bellas, las esparce y las comparte y difunde, para que D’Annunzio haya podido aconsejar y recono-

cer, “yo tengo lo que yo dí”.

La rosa tiene en sí algo que la torna universal, y ello hasta en el nombre, pues luego del categórico *rodon* griego se mantiene en el *rosa* italiano y portugués, en el *rose* francés, inglés y alemán (éste con mayúscula) y en el inolvidable *rosa-rosae* latino: Más aún: su *ro* nos acompaña desde nuestros primeros días con el *arrorró*.

En suma, la rosa es la flor por antonomasia, y por ello bien escribían los antiguos distinguiéndola de las demás flores. La rosa no deja de ser una flor, pero al ser la reina de todas ellas tenía y sigue teniendo el derecho de ser tratada separadamente.

Este distingo ha sido olvidado, como tanta otras cosas. Así ha ocurrido con la pregunta y la interrogación, a pesar de haber recordado el propio San Agustín que los antiguos ya habían enseñado que a la pregunta se pueden responder muchas cosas, pero a la interrogación sólo sí o no.

Y dejemos a la rosa en paz luego de su vida efímera y su belleza perenne. Es la única flor de la que ha podido decirse:

Una rosa es una rosa es una rosa es una rosa.

En una carta sin fecha remitida a Rafael Cansinos-Asséns hacia mayo-junio de 1925, Borges escribió:

Querido Maestro: otro *sablazo* espiritual le traen estos renglones: un pedido de colaboración para una revista bimensual de estudios judíos que en Buenos Aires va a salir y cuyo título será *Orígenes*. En los de la revista está implicado un grupo de muchachos israelíes amigos míos y en uno de los primeros números he de ocuparme con las *Luminarias de Hanukah*.

Borges alude en el pasaje citado a una obra reciente de Cansinos: *Las luminarias de Hanukah* (Madrid: Editora Internacional, 1924), novela sobre la cual Borges publicaría una reseña en *El tamaño de mi esperanza* (1926).

Según se desprende de la misiva mencionada, el ensayo estaba previsto originalmente para *Orígenes*. La revista bimensual de estudios judíos no figura, sin embargo, ni en Ana E. Weinstein / Miryam E. Gover de Nasatzky: *Escritores judeo-argentinos*. Biblio-

grafía 1900-1987 (Editorial Mila, 1994), ni en Washington Luis Peyreya: *La prensa literaria argentina, 1890-1974*. II: *Los años rebeldes, 1920-1929* (Librería Colonial, 1995) ni otros repertorios consultados.

Al grupo de *muchachos israelíes* amigos de Borges podría haber pertenecido Carlos M. Grünberg, colaborador de *Martín Fierro* en 1924, traductor de poetas judíos y poeta él mismo, uno de cuyos libros, *Mester de judería*, fuera prologado por Borges en 1940 (cf., además de la arriba citada *Bibliografía*, Eliahu Toker: *Un diferente y su diferencia*. Carlos M. Grünberg. Madrid: Del Taller de Mario Muchnik, 1999; con texto de Borges). De hecho, hay indicios que permiten suponer contactos asiduos entre Borges y Grünberg hacia 1924-1925, así como un intercambio epistolar.

Los contactos podrían haber surgido en el marco de las conferencias dadas por Evar Méndez en noviembre de 1924 en el local de la *Juventud Israelita* y, poco después y en 1925, en el *Ateneo Estudiantil Israelita* (cf. *Martín Fierro* 38, 26-II-27, p. 304 de la reedición facsímil; Pedro Juan Vignale / Cé-

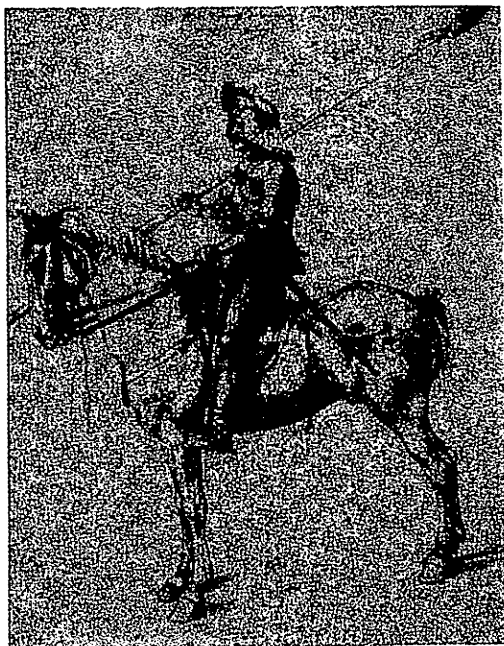
sar Tiempo: *Exposición de la actual poesía argentina, 1922-1927*. Minerva, 1927, pp. XII-XVIII; comentario de Cansinos sobre esta antología en su *Obra crítica*. Sevilla: Diputación de Sevilla, 1998, vol. I, pp. 673-710).

Pero se trata de meras conjeturas. El único dato fehaciente acerca de la planeada publicación, que no parece haber visto la luz, surge de una breve glosa en la revista *El Hogar* del 17-IV-25 (*Las novedades literarias*), que he podido ver gracias a Sara L. del Carril:

Samuel Glusberg. -El autor de *La levita gris*, que tantos antecedentes tiene en el arte de fundar y fundir publi-

caciones literarias, editará próximamente *Orígenes*, revista bimestral de estudios judíos, que promete ser tan buena o mejor que *La Revue Juive*, de París.

Glusberg fue un importante editor de la época, que publicaba a veces bajo el seudónimo Enrique Espinosa. Se trasladó a Chile en 1932. Estuvo desde temprano ligado a Evar Méndez, y formaba parte, originalmente, del grupo que daría a luz *Martín Fierro*, proyecto del que se apartó poco antes de la aparición del primer número. (Algo similar ocurriría, en 1930, en relación con la revista *Sur*, planeada, por esas fechas, bajo el nombre *América y Cía.*)



A. D.

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

HELLÉN FERRO

En uno de esos días en que parece que nada sucede, en que el parte de guerra se limita a un escueto "Sin novedad en el frente", un pequeño avión Lighting P 38 Nro. 223, perteneciente a la 2/33 escuadrilla, despegó muy de mañana de su base en Bastida-Borgo, Córcega, para un vuelo de reconocimiento. Rumbo a Grenoble y como si el piloto cumpliera un ciclo vital al divisar el valle del Ródano de su infancia -había nacido en Lyon 44 años antes- ya nada se supo de él. Se lo tragó la guerra. El único testigo de su muerte, el aviador alemán que lo derribó, vagando por entre ruinas de ciudades bombardeadas, ignoró a quién mató aquella mañana del 31 de julio de 1944. Quizás, de regreso a la Paz, leyó con admiración sus obras...

Así, casi inadvertido, en un vuelo de rutina que debía ser el último que el Comando le permitía -para retenerlo en tierra sus jefes habían resuelto comunicarle la fecha secreta del segundo desembarco aliado, el 15 de septiembre en Provenza, lo que le vedaría cualquier misión hasta pasado ese día- murió Antoine de Saint-Exupéry. Nunca se halló su cuerpo. Pasó a encarnar uno de esos tripu-

lantes del cielo que el tiempo convierte en leyenda. Finalmente había logrado ser él mismo, solamente espíritu épico, libre de la amargura de destruir para liberarla a esa Francia que tanto amaba. Lo anotó en su obra póstuma, "Ciudadela", que terminó de escribir pero no de corregir: "Me es igual morir en la guerra: ¿qué permanecerá de lo que amé? Me refiero tanto a los hombres como a sus hábitos, a cierta luz espiritual. ¿Qué quedará del desayuno provenzal bajo los olivos; y también de Haendel? La civilización es un bien invisible. Si vuelvo vivo ¿qué diré a los hombres?"

La biografía del conde -nunca usó el título al que tenía derecho- Marie Antoine Roger de Saint-Exupéry es la de esos héroes inverosímiles de las películas americanas. Con Henri Guillaumet, Didier Durat, Riguelle, Reina, integra la famosa escuadrilla que en 1926, con base en Cap Juby, por primera vez en la historia de la aviación postal, abre la ruta nocturna Toulouse-Casablanca-Dakar. Para la Aeroposta es un problema de vida o muerte: la correspondencia debe llegar antes que el tren o el vapor; se trata de acortar tiempos. De toda aquella heroi-